

El Raton Estelar

Fredric Brown

Mitkey, el ratón, todavía no era Mitkey en aquella época.

Era uno de los muchos ratones que vivían debajo de los tablones del suelo y detrás del yeso de las paredes que constituían la casa del gran *Herr Professor* Oberburger, anteriormente en Viena y Heidelberg, de donde huyó para escapar a la excesiva admiración de sus compatriotas más poderosos. Esta excesiva admiración no se centraba en el propio *Herr* Oberburger, sino en cierto gas que había sido el producto secundario de un desafortunado combustible para cohetes que podría haber sido muy afortunado en otro aspecto.

En el caso, naturalmente, de que el *Professor* hubiese entregado la fórmula correcta. Y esto... Bueno, la cuestión es que el profesor logró huir y ahora vivía en una casa en Connecticut. Igual que Mitkey.

Un ratón pequeño y gris, y un hombre pequeño y gris. No había nada insólito en ninguno de ellos. Particularmente, no había nada insólito en Mitkey; tenía una familia y le gustaba el queso, y si entre los ratones hubiera miembros del Club Rotario, él habría sido uno de ellos.

El *Herr Professor*, naturalmente, tenía sus pequeñas excentricidades. Soltero empedernido, no disponía de nadie con quien hablar excepto él mismo, pero se consideraba un conversador excelente y mantenía una constante comunicación verbal consigo mismo mientras trabajaba. Este hecho, según se demostró más tarde, era importante, porque Mitkey tenía un oído excelente y se enteraba de todos -aquellos monólogos nocturnos. Como es natural, no los entendía. En el caso de que pensara alguna vez en ello, únicamente pensaba que el profesor era un súper-ratón muy grande y ruidoso que chillaba demasiado.

—*Und* ahorra —se decía a sí mismo—, verremos si este tubo funciona como deberría. Tendría que encajarr al milímetro. ¡Ahhh, es perrfecto! *Und* ahorra...

Noche tras noche, día tras día, mes tras mes. El brillante objeto crecía, y el brillo de los ojos de Oberburger crecía a la misma velocidad.

Debía medir un metro de longitud, tenía unas hélices de forma muy peculiar, y descansaba sobre un armazón provisional situado en el centro de la habitación que el *Herr Professor* utilizaba para todo. La casa donde él y Mitkey vivían era una estructura de cuatro habitaciones, pero, al parecer, el profesor aún no lo había descubierto. Primeramente, pensó usar la habitación grande como laboratorio y nada más, pero después creyó más conveniente dormir en una cama plegable situada en un rincón, las noches que dormía, y cocinar lo poco que cocinaba en el mismo quemador de gas donde convertía dorados granos de TNT en una peligrosa sopa que sazonaba con extraños condimentos, pero nunca ingería.

—*Und* ahorra lo verrterré en tubos, *und* comprobarré si un tubo adyacente a otro hace egsblotarr *der* segundo tubo, cuando *der* brimerro está...

Esa fue la noche en que Mitkey estuvo a punto de decidir trasladarse, él y su familia, a un domicilio más estable, uno que no se estremeciera ni oscilara ni tratara de dar un salto mortal sobre sus cimientos. Pero, al final, Mitkey no se mudó, porque existían ciertas compensaciones. Agujeros nuevos en todas partes y —¡maravilla de las maravillas!— una enorme grieta en la zona posterior del frigorífico donde el profesor guardaba, entre otras cosas, gran cantidad de alimentos.

Claro que los tubos eran de tamaño capilar porque, de lo contrario, la casa habría saltado por los aires. Y,

naturalmente, Mitkey no podía adivinar lo que iba a suceder ni comprender la clase de inglés que hablaba el

Herr Professor (ni ninguna otra clase de inglés, por cierto) porque entonces ni siquiera se habría dejado tentar

por una grieta en el frigorífico.

Aquella mañana, el profesor estaba alborozado.

—¿*Der* combustible es un égsito! *Der* segundo tubo no ha egsblotado. ¡ *Und* el

brimmerro, en *segcio*— *nes*, como yo esberraba! *Und* es más botente; hay mucho sitio barra sú combartamento... -

¡Ah, sí, el compartimento! Allí fue donde Mitkey se introdujo, a pesar de que ni siquiera el profesor lo sabía todavía. De hecho, el profesor ni siquiera sabía que Mitkey existiera.

—*Und* ahorra —decía en aquel momento a su oyente favorito—, sólo es cuestión de unir *der* tubos de combustible barra que funcionen en barrejas obuestas. *Und* entonces...

En aquel preciso instante fue cuando los ojos del *Herr Professor* se posaron por vez primera en Mitkey. Mejor dicho, se posaron sobre un par de bigotes grises y un hociquito negro y brillante que sobresalía por un agujero de los tablones del suelo.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Hay que verr lo que tenemos aquí! ¡El rratón Mitkey en berrsona! Mitkey, ¿te güstarría hacerr un viajecito la semairn que viene? Verremos.

Así fue como la siguiente vez que el profesor encargó sus suministros a la ciudad, su pedido incluía una ratonera; no uno de esos mortíferos inventos, sino una simple jaula con barrotes de alambre. Aún no habían transcurrido diez minutos desde que colocara el queso en su interior cuando el privilegiado olfato de Mitkey olió ese queso y siguió su rastro hasta la cautividad.

Sin embargo, no resultó ser una cautividad desagradable. Mitkey fue un huésped muy agasajado. La jaula descansaba ahora sobre la mesa donde el profesor llevaba a cabo la mayor parte de su trabajo, el queso entraba a través de los barrotes con gran abundancia, y el profesor dejó de hablar solo.

—Verrás, Mitkey, había pensado encarrgarr un rratón blanco a *der* laborratorrio de Harrtfortt, berro he tenido la suerte de encontrarrarte aquí. Estoy seguro de que tú estás más sano *und* cuerrdo que esos rratones de laborratorrio, *und* que rresistirrás mejorr que ellos un larrgo viaje, - ¿no? Ah, veo -que mueves *der* bigotes y eso significa que sí, ¿no? *Und*, - como estás acostumbrado a vivirr en agujeros oscuros, no tendrás tanta claustrofobia como ellos, ¿no?

Y Mitkey engordaba, se sentía feliz, y llegó a desechar la idea de escaparse de la jaula. Mucho me temo que incluso llegara a olvidarse de la familia que había abandonado; pero sabía, si es que sabía alguna cosa, que no necesitaba preocuparse por ellos. -Por lo menos, hasta que el profesor descubriera y reparara el agujero del frigorífico. Y el profesor no tenía tiempo de ocuparse de esas minucias.

—*Und* ahorra, Mitkey, colocarremos esta hélice así..., barra que suavice el aterrizaje, en una atmósfera. Esto *und* esto otro contribuirá a que te boses con seguridad y *der* lentitud suficiente barra que *der* amortiguadores del combarrtimiento móvil eviten que te des un golpe demasiado fuerre en la cabeza, esberz-o. —Naturalmente, a Mitkey se le escapó la ominosa nota del «esberro», porque también se le escapó todo el resto. Como ya hemos dicho, no hablaba inglés. Por lo menos, en aquella época.

Pero *Herr* Oberburger seguía hablándole igualmente. Le enseñó unas fotografías.

—¿Habías visto alguna vez *der* ratón con cuyo nombre te he bautizado, Mitkey? ¿Qué? ¿No? Mirra, éste es *der* verdadero ratón Mitkey, hecho por Walt Disney. Berro yo creo que tú eres más guabo, Mitkey.

El profesor debía de estar un poco loco para hablar de esta forma a un pequeño ratón gris. En realidad, debía de estar loco para hacer un cohete que funcionara. Porque lo más curioso de todo es que el *Herr Professor* no era realmente un inventor. En aquel cohete, tal como explicó a Mitkey, no había ni una sola cosa que fuera *nueva*. El *Herr Professor* era un técnico; adoptaba las ideas de otras personas y las hacía funcionar. Su único invento verdadero —el combustible para cohetes que no era tal— fue entregado al gobierno de Estados Unidos, el cual descubrió que ya se conocía y lo descartó porque resultaba demasiado caro para su utilización práctica.

Mitkey siguió recibiendo toda clase de explicaciones. -

—Únicamente es cuestión de una exactitud absoluta, *und* verdadera corrección matemática, Mitkey. Todo está aquí, nosotros sólo tenemos que unir *der* piezas, y, ¿qué obtenemos, Mitkey?

»¡Velocidad de liberración, Mitkey! Así de sencillo, todo esto rresulta en velocidad de liberración. Tal vez. Aún hay fagtorres desconocidos, Mitkey, en *der* atmósfera suberriorr, en *der* trobosfera y *der* estrratoferra. Crreemos saberr egsactamente la cantidad de airre contrra la que debemos calcularr *der* rresistencia, berro ¿estamos totalmente seguros? No, Mitkey, no lo estamos. Nunca hemos ido allí. *Und der* margen es tan bequeño que hasta una corriente de airre podrría afectarrle.

Pero a Mitkey no le importaba nada. A la sombra del gran cilindro de aluminio de aleación, seguía engordando y era feliz.

—¡*Der Tag*, Mitkey, *der Tag*! No te mentirré, Mitkey. No te harré concebirr falsas esberranzas. Harrás un viaje muy beligrrosso, *mein* bequeño amigo.

»Te doy un cincuenta porr ciento de bosibilidades, Mitkey. No *der* Luna o *der* aventura, sino *der* Luna *und der* aventura, o quizá tu rregreso sano y salvo a la Tierra. Verrás, mi bequeño Mitkey, la Luna no está hecha de queso verrde *und* aunque así fuerra, no bodrrías comérrtela porque no hay bastante atmósfera barra que vuelvas sano *und* salvo *und* con todos tus bigotes intagtos.

»*Und* entonces, buedes brreguntarme, ¿borr qué te envió? Borrque es bosible que *der* cohete *no* alcance la velocidad de liberración. Y en este caso, seguirá siendo un egsberrimento, berro distinto. El cohete, si no va a *der* Luna, vuelve a caerse sobrre la Tierra, ¿no? *Und*, en este caso, cierrtos instrumentos nos broborrcionarrán unos inforrnes que antes no teníamos acercra de lo que hay en *der* esbacio. *Und* tú también nos broborrcionarrás otrros inforrnes, si todavía estás vivo o no, si los amorriguadorres y hélices son suficientes en una atmósfera equivalente a la de la Tierra, y cosas porr el estilo. ¿Lo entiendes?

»*Und* más tarrde, cuando enviemos cohetes a Venus, donde quizá egsista una atmósfera, tendrremos los datos necesarios barra calcularr *der* tamaño necesario de *der* hélices *und der* amorriguadorres, ¿no? *Und*, en ambos casos, rregreses o no rregreses, Mitkey, ¡serrás famoso! Serrás la brrimerra crriatura viviente que salga de la estrratoferra de la Tierra y se interrne en el esbacio.

»¡Mitkey, serrás el rratón estelarr! Te envidio, Mitkey, *und* me gustarría tenerr tu tamaño barra boderr acombafiarte.

Der Tag, y la puerta que daba paso al compartimiento. “¡Adiós, bequeño rratón Mitkey!” Oscuridad. Silencio. ¡Ruido!

»El cohete, si no va a la Luna, vuelve a caer sobre la Tierra, ¿no?. Esto era lo que el *Herr Professor* creía. Pero hasta los planes mejor elaborados de ratones y hombres pueden torcerse. Incluso los de los ratones estelares.

Todo a causa de los Prxl.

El *Herr Professor* se sintió muy solo. Después de tener a Mitkey como oyente, los monólogos le parecían vacíos e insuficientes.

Puede haber quien afirme que la compañía de un ratoncito gris es un pobre sustituto de una es-posa; pero otros pueden no estar de acuerdo. Y, de todos modos, el profesor jamás había tenido una esposa, y sí que había tenido un ratón con quien hablar, de modo que lo echaba de menos, mientras que si echaba de menos lo otro, no lo sabía.

Durante la larga noche que siguió al lanzamiento del cohete, estuvo muy ocupado con el telescopio, un reflector de veinte centímetros, observando su curso mientras ganaba velocidad. Las explosiones producidas por los gases de escape formaban una minúscula partícula luminosa que era posible seguir, si se sabía hacia dónde mirar.

Pero al día siguiente no le quedaba nada más por hacer, y estaba demasiado excitado para dormir, aunque lo intentó. Así que se decidió a hacer un poco de limpieza y reunió todos los platillos y cazoletas. Fue entonces cuando oyó una serie de frenéticos chillidos y descubrió que otro ratoncillo gris, con bigotes y cola más cortos que los de Mitkey había entrado en la ratonera.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el profesor—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Minnie? ¿Es Minnie que ha venido en busca de Mitkey?

El profesor no era biólogo, pero resultó estar en lo cierto. *Era Minnie*. Mejor dicho, era la compañera de Mitkey, así que el nombre no podía ser más apropiado. ¿Qué extrañas circunstancias la habían inducido a entrar en una trampa sin cebo? El profesor no lo sabía ni le importaba, pero se mostró encantado. Se apresuró a remediar

la falta de cebo introduciendo un gran trozo de queso a través de los -barrotes.

Así fue como Minnie ocupó el lugar de su cónyuge como oyente de las confidencias del profesor. - Era imposible saber si experimentó alguna inquietud por su familia, pero no tenía por qué hacerlo. - Sus ratoncitos ya eran bastante mayores para desenvolverse por sí solos, particularmente en una casa que ofrecía abundantes escondites y un fácil acceso al frigorífico.

—Ah, Minnie, ahora ya ha oscurecido lo suficiente para buscar a tu esboso. Verremos su avance por *der* cielo. Es cierto, Minnie, *der* rastro que deja es muy bequeño y los astrónomos no se fijarán en él, *bórrque* no saben dónde deben mirar. - Perro nosotros, sí.

»Se convertirá en un ratón muy famoso, Minnie, cuando informemos al mundo acerca de él y *mein* cohete. Verrás, Minnie, aún no les hemos dicho nada. Esberraremos hasta *boderr* contarles toda la historia de una vez. Mañana al amanecer, les...

»¡Ah, aquí está, Minnie! Se ve boco, *berro* se ve. Te acercaría a *der* telescopio *barra* que miraras, *berro* no está enfocado *barra* tus ojos, *und* no sé cómo iba a...

»Casi ciento cincuenta - mil kilómetros, Minnie, *und* sigue aumentando de velocidad, *berro* no *borr* mucho tiempo. Nuestro Mitkey sigue *der* *horrario* brevisto; de hecho va más rápido de lo que *bensábamos*, ¿no? ¡Ya es seguro que escabarrá - de lo que *bensábamos*, ¿no? ¡Ya es seguro que escabarrá a la *grravitación* de la Tierra, y caerá sobre la Luna!

Naturalmente, fue una simple coincidencia que Minnie chillara.

—¿Ah, sí, Minnie, bequeña Minnie. Lo sé, lo sé. Nunca volveremos a *verr* a nuestro amigo Mitkey, *und* casi *desearría* que nuestro *egsperrimento* hubiese *fracasado*. *Berro* hay *combensaciones*, Minnie. *Serrá der* más famoso de todos *der* ratones. *¡Der-* Ratón Estelarr! *¡Der* *primerra* *crriatarra* viviente que ha salido de *der* *atrragción* *grravitacional* de la Tierra!

La noche fue larga. Ocasionalmente, espesas nubes oscurecían la visión.

—Minnie, te instalarré más cómodamente que en esa jaula tan bequeña. ¿Verrdad que te gustarría parrecerr librrre, sin barrottes, como *der* animales de *der* zoológicos modernos, que tienen fosos a su alrededor?

De modo que, a fin de no permanecer inactivo durante una hora en que una nube oscureció el cielo, el *Herr Professor* hizo una nueva casa para Minnie. Era el fondo de una caja de embalaje, de un centímetro de espesor y treinta centímetros de lado, apoyada sobre la mesa y desprovista de barreras visibles en torno a ella.

Pero cubrió la parte superior con chapas de metal en los bordes, y colocó la caja sobre otra más grande que también tenía un borde de chapa metálica en torno a la isla que constituía el hogar de Minnie. Y alambres procedentes de las dos zonas de chapas metálicas hasta terminales opuestos de un pequeño transformador que colocó junto a ella.

—Y ahorra, Minnie, te meterré en tu isla, que estarrá literalmente abarrotada de queso y agua, y tú misma comprobarrás que es un sitio egscelente para vivirr. Perro rrecibirrás una ligerra descarrga cuando intentes salir de los limites de la isla. No te dolerrá demasiado, perro no te gustarrá, y después de unas cuantas .veces no volverrás a intentarrlo, ¿no? Y...

Otra noche. —Minnie era feliz en su isla, una vez aprendida la lección. Ya no volvería a pisar la tira interna de chapa metálica. Sin embargo, la isla parecía un verdadero paraíso ratonil. Había una montaña de queso mucho mayor que la propia Minnie. Esto la mantenía ocupada. Una rata y queso; no tardaría en producirse la transmutación de una cosa en otra.

Pero el profesor Oberburger no pensaba en eso. El profesor estaba preocupado. Cuando hubo calculado y repasado y enfocado su reflector de veinte centímetros a través del agujero del tejado y apagado las luces...

Sí, ciertamente, ser soltero *tenía* sus ventajas. Si uno quiere hacer un agujero en el tejado, hace un agujero en el tejado y no hay quien te diga que. estás loco. Si empieza a hacer frío, o llueve, siempre se puede llamar a un carpintero o instalar una lona.

Pero el ligero rastro luminoso había desaparecido. El profesor frunció el ceño, repasó sus cálculos una y otra vez y movió el telescopio tres décimas de segundo, pero no consiguió localizar el cohete.

—Minnie, algo va mal. O *der* tubos han dejado de funcionarr o...

O el cohete se había desviado de la línea recta que debía seguir con respecto a su punto de partida. Por recta, naturalmente, queremos decir parabólicamente curvada en relación a todo lo que no sea la velocidad.

Así que el profesor hizo lo único que le quedaba por hacer, y empezó a buscar, con el telescopio, en círculos cada vez más amplios. No habían transcurrido dos horas cuando lo encontró, cinco grados desviado de su curso y desviándose progresivamente hacia...

El maldito cohete se movía en círculos, círculos que parecían constituir una órbita en torno a algo que no podía estar allí. Después, los círculos se hicieron más pequeños hasta formar una espiral concéntrica.

Después..., nada. Desapareció. Oscuridad. Ninguna otra señal luminosa del cohete.

El profesor estaba pálido cuando se volvió hacia Minnie. - -

—Es imposible, Minnie. Lo he visto con *mein* brobios ojos, berro no buede serr. Aunque uno de los lados se hubierra abagado, no bodrría haberr empezado a describirr esos cirrculos. —Su lápiz verificó una sospecha—. Y, Minine, ha decelerrado más rrápidamente de lo norrmal. Aunque los - tubos no funcionarran, su impulso habrría sido más...

El resto de la noche —telescopio y cálculos— no -le proporcionó ninguna pista. Es decir, ninguna pista creíble. Una fuerza ajena al cohete en sí había entrado en acción.

—~*Mein* bobre Mitkey!

La gris e inescrutable aurora.

—*Mein* Minnie, tendrremos que mantenerlo en secreto. No nos atreveremos a contar lo que hemos visto, porque nadie nos creería. Ni yo mismo estoy seguro de creerlo, Minnie. Quizá es que estoy agotado de no dormir. Debo haberme imaginado...

Más tarde.

—Berro, Minnie, debemos confiar. Estaba a doscientos mil kilómetros. Volverá a caer sobre la Tierra. ¡Berro no sé dónde! Pensé que en este caso, podría calcular su curso, y... Berro después de esos círculos concéntricos... Minnie, ni el propio Einstein sería capaz de calcular dónde aterrizará. Ni siquiera yo. Lo único que nos queda es confiar en encontrarlos de dónde cae.

Un día nublado. Una noche negra, celosa de sus misterios.

—Minnie, ¡nuestro pobre Mitkey! No hay nada que pueda haberle atraído...

Pero sí que lo había.

Prxl.

Prxl es un asteroide. Su nombre no se debe a los astrónomos de la Tierra, porque —por excelentes razones— no lo han descubierto. Así que lo llamaremos por la transliteración más aproximada posible del nombre que usan sus habitantes. Sí, está habitado.

Puestos a pensar en ello, la tentativa realizada por el profesor Oberburger para enviar un cohete a la Luna tuvo algunos extraños resultados. O, mejor dicho, Prxl fue la causa.

Nadie creería que un asteroide puede reformar a un borracho, ¿verdad? Pero un tal Charles Winslow, un embrutecido ciudadano de Bridgeport, Connecticut, jamás volvió a probar una gota de alcohol ~ desde el día en que —en plena calle Grove— un ratón le preguntó cuál era la carretera de Hartford. El ratón llevaba pantalones rojos y guantes amarillos...

Pero esto sucedió quince meses después de que el profesor perdiera su cohete. Será mejor empezar por el principio.

Prxl es un asteroide. Uno de esos despreciados cuerpos celestes que los astrónomos de la Tierra llaman sabandijas del cielo, porque dichos objetos dejan en las láminas sus rastros, que obstruyen las observaciones de novae y nebulosas más importantes. Cincuenta mil pulgadas *en* el oscuro cielo de la noche.

Objetos minúsculos, la mayor parte. Los astrónomos han descubierto recientemente que algunos de ellos se aproximan a la Tierra. Se aproximan de una forma asombrosa. En 1932 se produjo un gran revuelo cuando Amor llegó a quince millones de kilómetros —astronómicamente, una distancia muy pequeña—. Después, Apolo redujo esta cifra a la mitad y, en 1936, Adonis llegó a menos de dos millones de kilómetros. En 1937, Hermes llegó a menos de un millón, pero los astrónomos no se excitaron verdaderamente hasta haber calculado su órbita y descubierto que el pequeño asteroide *puede* acercarse hasta una distancia de 330.000 kilómetros, y situarse en un punto más cercano de la Tierra que la misma Luna.

Algún día pueden excitarse mucho más, si localizan el asteroide Prxl, ese obstáculo del espacio, y descubren que llega frecuentemente a sólo unos ciento cincuenta mil kilómetros de nuestro mundo.

Sin embargo, no pueden descubrirlo más que con ocasión de un tránsito, pues Prxl no refleja la luz. Así ha sucedido durante varios millones de años, desde que sus habitantes lo revistieron con un pigmento negro que absorbe la luz. Una labor realmente monumental, ésta de pintar un mundo, para unas criaturas que miden un centímetro de estatura. Pero valió la pena, en aquella época. Cuando cambiaron su órbita, se encontraron a salvo de sus enemigos. En aquellos días había gigantes: crueles piratas de casi dos metros de estatura procedentes de Deimos. También llegaron a la Tierra un par de veces; antes de que desaparecieran de la escena. Gigantes que mataban porque les gustaba. Los informes de las ciudades, ahora enterradas, de Deimos podrían explicar lo que ocurrió con los dinosaurios. Y por qué los prometedores hombres de Cromagnón desaparecieron sólo unos pocos minutos cósmicos después de que los dinosaurios se trasladaran hacia el oeste.

Pero Prxl sobrevivió. Era un mundo diminuto que ya no reflejaba los rayos solares, y que despistó a los asesinos cósmicos al cambiar su órbita.

Prxl. Civilizado todavía, con una civilización que databa de varios millones de años atrás. Su capa de color negro se conservaba y renovaba regularmente, más por tradición que por temor a posibles enemigos en estos últimos días tan degenerados. Una civilización poderosa pero estancada, que aún se mantiene en un mundo que avanza con la misma rapidez que una bala.

Y el ratón Mitkey.

Klanloth, el primer científico de una raza de científicos, tocó a su ayudante, Bemj, en lo que habría sido el hombro de Bemj si éste hubiera tenido uno.

—Mira —le dijo—, algo se aproxima a Prxl. Evidentemente, se trata de un objeto propulsado artificialmente.

Bemj dirigió su mirada hacia la visiplaca y después lanzó una onda telepática hacia el mecanismo, que incrementó la ampliación mil veces gracias a una alteración de los campos electrónicos. - • -La imagen dio un salto, se desdibujó, y finalmente se estabilizó.

—Fabricado —dijo Bemj—. Extremadamente tosco, debo afirmar. Un primitivo cohete a reacción. Espera, comprobaré de dónde procede.

Reunió los datos de los cuadrantes que rodeaban -la visiplaca y los lanzó como pensamientos contra la psicobobina de la computadora, esperando que la más complicada de todas las máquinas dirigiese todos los factores y preparase la respuesta. Después, ansiosamente, puso su mente en contacto con el proyector. Klarloth escuchaba de igual modo la silenciosa transmisión.

El punto exacto de la Tierra y la hora exacta de partida. Intraducible expresión de la curva de trayectoria, y desviación de esa curva al ser atraída por el campo gravitacional de Prxl. El destino —o mejor dicho, el destino previsto inicialmente— del cohete era obvio. La Luna de la Tierra. Hora y lugar de llegada a Prxl si el curso actual del cohete no cambiaba.

Bemj asintió.

—Catapultas. Arcos y flechas: Han dado un gran paso adelante desde entonces,

aunque esto sólo sea un cohete muy primitivo. ¿Lo destruimos antes de que llegue?

Klanloth meneó pensativamente la cabeza.

—Le echaremos un vistazo. Quizá eso pueda ahorrarnos un viaje a la Tierra; juzgaremos bastante bien su presente estado de desarrollo por el cohete en sí.

—Pero, entonces, tendremos que...

—Naturalmente. Llama a la Estación. Diles que enfoquen los atractorrepulsores sobre él y que lo hagan girar en una órbita provisional hasta que tengan preparado un soporte de desembarco. Que no olviden inutilizar los explosivos con agua antes de bajarlo.

—¿ Un campo de fuerza temporal alrededor del punto designado para el aterrizaje.., por si acaso?

—Naturalmente.

Así fue como, a pesar de la casi total ausencia de atmósfera en la que las hélices podían haber funcionado, el cohete se posó sin novedad y tan suavemente que Mitkey, en el oscuro compartimiento, sólo se dio cuenta de que el ruido había cesado.

Mitkey se sintió mejor. Comió algo más del queso con el que el compartimiento estaba liberalmente provisto. Después siguió tratando de hacer un agujero con los dientes en la madera de treinta centímetros de espesor con la que el compartimiento estaba revestido. Ese revestimiento de madera fue una buena idea del *Herr Profesor* respecto al bienestar mental de Mitkey. Comprendió que Mitkey trataría de abrir un agujero para escapar, lo cual le mantendría suficientemente ocupado en ruta para no lanzar sus estridentes chillidos. La idea dio resultado; al estar ocupado, Mitkey no había sufrido durante su oscuro encierro. Y ahora que reinaba el silencio, roía más industriosa y felizmente que nunca, sin saber que cuando hubiese atravesado la madera, tropezaría con una lámina de metal que no podría roer. Pero gente mejor que Mitkey ha tropezado con cosas tanto o más difíciles de roer.

Mientras tanto, Klanloth y Bemj, rodeados por varios miles de prxlianos, tenían los

ojos levantados hacia el gigantesco cohete que, incluso tendido de costado, se elevaba muy por encima de su cabeza. Algunos de los más jóvenes, olvidándose del campo de fuerza invisible, se acercaron demasiado para regresar casi en seguida, frotándose tristemente la cabeza.

El propio Klarloth se hallaba frente al psicógrafo.

—Dentro del cohete hay vida —dijo a Bemj—, pero las impresiones son confusas. Es una criatura, pero no puedo seguir sus procesos mentales. En este momento da la impresión de estar haciendo algo con los dientes.

—No puede tratarse de un terrícola, un miembro de la raza dominante. Son mucho más grandes que este enorme cohete. Son verdaderos gigantes. Tal vez, como no podían construir una nave de su tamaño, hayan enviado a una criatura experimental, como nuestros animales de pruebas.

—Creo que tienes razón, Bemj. Bueno, cuando hayamos explorado detenidamente su mente, es posible que de todos modos nos ahorremos el viaje a la Tierra. Voy a abrir la puerta.

—Pero el aire..., las criaturas de la Tierra necesitarían una atmósfera más densa. No viviría.

—Mantendremos el campo de fuerza, desde luego. Esto hará que el aire no se escape. Es evidente que dentro del cohete hay un suministro de aire o, de lo contrario, la criatura no habría sobrevivido al viaje.

Klarloth accionó los mandos, y el campo de fuerza extendió unos pseudópodos invisibles, desatornilló la puerta exterior y abrió la puerta interior que conducía al compartimiento.

Todos los prxlianos contuvieron la respiración mientras una monstruosa cabeza gris aparecía por la enorme abertura. Unos gruesos bigotes, cada uno de ellos tan largo como el cuerpo de un prxliano...

Mitkey bajó de un salto y dio un paso adelante, golpeándose fuertemente la nariz, contra algo que no se veía. Lanzó un chillido y retrocedió hacia el cohete.

El rostro de Bemj expresaba lá más completa decepción al observar al monstruo.

—Parece mucho menos inteligente que nuestros animales de pruebas. Lo mejor sería aniquilarlo con un rayo.

—De ninguna manera —interrumpió Klarloth—. Te olvidas de ciertos hechos evidentes. La criatura no es inteligente, desde luego, pero el subconsciente de todos los animales encierra todos los recuerdos, todas las impresiones y todas las imágenes sensoriales a los cuales ha estado sujeto. Si esta criatura ha oído alguna vez el idioma de los terrícolas, o ha visto alguna de sus obras, aparte de este cohete, cada palabra y cada imagen se ha grabado indeleblemente en su mente. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Claro que sí. ¡Qué tonto he sido, Klarloth! Bueno, el cohete en sí nos demuestra una cosa: no tenemos nada que temer de la ciencia de la Tierra durante unos cuantos milenios como mínimo. Así que no hay prisa, lo cual es una suerte. Porque hacer retroceder los recuerdos de la criatura hasta su nacimiento y observar todas las impresiones sensoriales en el psicógrafo requerirá... Bueno, un tiempo equivalente a la edad de la criatura, sea de la clase que sea, además del tiempo que necesitemos para interpretar y asimilar cada uno de ellos.

—Pero eso no será necesario, Bemj.

—¿No? Oh, ¿estás pensando en las ondas X-19?

—Exactamente. Si las enfocamos sobre el centro cerebral de esta criatura, pueden aumentar su inteligencia, que ahora debe de ser de 0001 en la escala establecida, hasta el punto de convertirla en una criatura racional, sin, alterar ninguno de sus recuerdos. Casi automáticamente, durante el proceso, asimilará sus propios recuerdos y los comprenderá de igual modo que si hubiera sido inteligente en la época que recibió esas impresiones.

»¿Lo comprendes, Bemj? Separará automáticamente los datos triviales y podrá responder a nuestras preguntas.

—Pero ¿es que piensas hacerle tan inteligente como...?

—¿Como nosotros? No, las ondas X-19 no lo conseguirían. Yo diría que pueden hacerle llegar a un 2 de la escala. Eso, a juzgar por el cohete y lo que recordamos de los terrícolas desde que fuimos a visitarlos por última vez, es el lugar que ellos ocupan en la escala de inteligencia.

—Hummm, sí. A este nivel, comprenderá sus experiencias en la Tierra hasta el punto que no resultará peligroso para nosotros. Igual que un terrícola inteligente. Es lo que nos conviene. Oye, ¿le enseñaremos nuestro idioma?

—Espera —dijo Klarloth. Estudió detenidamente el psicógrafo durante unos momentos—. No, no lo creo. El debe de tener un idioma propio. Veo que en su subconsciente hay recuerdos de largas conversaciones. Es extraño, pero todas parecen ser monólogos de una sola persona. Pero la cuestión es que ya conoce un idioma..., aunque sea muy simple. Necesitaría mucho tiempo, aunque le sometiéramos a tratamiento, para captar los conceptos de nuestro propio método de comunicación. Pero nosotros podemos aprender el suyo, mientras él está bajo la máquina X-19, en unos pocos minutos.

—¿ Sabes si, ahora, es capaz de entender algo de su idioma?

Klarloth estudió nuevamente el psicógrafo.

—No, no creo que él... Espera, hay una palabra que parece tener cierto significado para él. Es la palabra «Mitkey». Creo que es su nombre, y lo más probable es que, después de oírlo muchas veces, lo asocie vagamente consigo mismo.

—En cuanto a sus habitaciones..., ¿con antecámaras de compresión y todo eso?

—Naturalmente. Ordena que las construyan.

Decir que para Mitkey fue una extraña experiencia sería injusto. Los conocimientos son algo extraño, incluso cuando se adquieren gradualmente. Pero cuando te los infunden...

También hubo otros detalles que fue necesario arreglar. Como el de las cuerdas

vocales. Las tuyas no estaban adaptadas al idioma que de pronto descubrió saber. Bemj se encargó de ello; difícilmente se le podría llamar operación porque Mitkey — incluso con su recién adquirida inteligencia— no sabía lo que estaba ocurriendo, y se encontraba despierto cuando le sometieron a ella. Además, no explicaron a Mitkey lo que era la dimensión J, con la cual se podía llegar al interior de las cosas sin atravesar la capa externa.

Se imaginaron que estas cosas no interesaban a Mitkey y, de todos modos, ellos preferían aprender de él que enseñarle. Bemj y Klarloth y una docena más gozaron de este privilegio. Si uno de ellos no le hablaba, otro lo hacía.

Sus preguntas contribuyeron a que su propia comprensión aumentara. Normalmente no sabía que sabía la respuesta a una pregunta hasta que se la formulaban. Entonces unía varios factores, sin saber exactamente cómo lo hacía (de igual modo que ustedes o yo ignoramos *cómo* sabemos las cosas) y les contestaba.

Bemj:

¿Puedes decirnos si este idioma que hablas es universal?

Y Mitkey, aunque jamás se le había ocurrido pensar en ello, tenía la respuesta preparada:

—No, no lo es. Es inglés, pero recuerdo que el *Herr Professor* hablaba otros idiomas. Me parece que originalmente él hablaba otro, pero en América siempre hablaba inglés para familiarizarse con él. Es un idioma precioso, ¿verdad?

—Humm —dijo Bemj.

Klarloth:

—En cuanto a tu raza, los ratones; ¿los tratan bien?

—La mayoría barde de la gente, no —contestó Mitkey. Y lo explicó—: Me gustaría hacer algo por ellos —añadió—. Por ejemplo, ¿no podría llevarme *mitt* mí este proceso que habéis utilizado conmigo? Lo aplicaría a otros ratones y crearía una raza de super-ratones.

—¿Borr qué no? —preguntó Bemj.

Vio que Klarloth le miraba de un modo extraño, e inmediatamente puso su mente en relación con la del otro científico, excluyendo a Mitkey de este silencioso intercambio de ideas.

—Sí, desde luego -contestó Bemj a Klarloth—, a causarnos problemas. Dos clases de seres tan distintos como los hombres y los ratones no pueden convivir pacíficamente en un plano de igualdad. Pero ¿acaso esto no redundaría en beneficio nuestro? El progreso de la Tierra disminuiría, y nosotros disfrutaríamos de unos cuantos milenios más de paz antes de que los terrícolas descubrieran que estamos aquí, y alterasen las estrellas. Ya conoces a esos terrícolas.

—¿Acaso sugieres que les entreguemos las ondas X-19? Podrían...

—No, claro que no. Sin embargo, podemos explicar a Mitkey la forma de hacer una máquina muy primitiva para generarlas. Una máquina lo bastante tosca como para elevar el cociente de inteligencia de los ratones de 0001 a 2, para igualarlos a Mitkey y a los terrícolas.

—Es posible —respondió mentalmente Klarloth—. No hay duda de que tardarán muchos eones en comprender su principio básico.

—Pero ¿no podrían utilizar incluso una máquina tan tosca para elevar su propio nivel de inteligencia?

—Olvidas, Bemj, la limitación básica de los rayos X-19; que nadie puede diseñar un proyector capaz de elevar la inteligencia hasta un punto de la escala superior al propio. Ni siquiera nosotros.

Toda esta conversación se desarrolló, naturalmente, en silencioso prxlano, sin que Mitkey interviniese para nada.

Las entrevistas prosiguieron.

Klarloth otra vez:

—Mitkey, debemos advertirte una cosa. Evita cualquier descuido con la

electricidad. *Der* nuevo arreglo de tu centro cerebrral... es inestable, *und*...

Bemj:

—Mitkey, ¿estás seguro de que tu *Herr Profesorr* es el más avanzado de todos los que egsperimentan con *der* cohetes?

—En general, si, Bemj. Hay otros que quizá seban más que él en un tema específico, como egsblosivos, matemáticas, astrofísica, y otros, berro no crreo que mucho más. *Und* barra combinarr estos conocimientos, él es el brrimerro.

—Está bien —repuso Bemj.

Un ratoncillo gris que se alzaba como un dinosaurio sobre unos minúsculos prxlianos de un centímetro. A pesar de ser una criatura apacible, Mitkey habría podido matar a cualquiera de ellos con un solo mordisco. Pero, naturalmente, jamás se le ocurrió hacerlo, ni a ellos temer que lo hiciera.

No dejaron ni un solo rincón de su mente sin explorar. También realizaron un buen trabajo en lo que respecta al estudio de su físico, pero esto se hizo a través de la dimensión J, y Mitkey ni siquiera se enteró de ello.

Descubrieron lo que le mantenía con vida, y descubrieron todo lo que sabía y algunas cosas que él ni siquiera creía saber. Y todos se encariñaron mucho con él.

—Mitkey —le dijo Klarloth un buen día—, todas *der* razas civilizadas de la Tierra van vestidas, ¿verrrdad? Bueno, si tú biensas elevarr a los rratones hasta el nivel de los hombrres, ¿no serrría conveniente que también vosotrros llevarrais algo de rroba?

—Una egscelente idea, *Herr Klarloth*. *Und* yo sé que me gustarría. Una vez, *der Herr Brofesor* me enseñó un dibujo de un rratón bintado borrh *der* artista Disney, *und der* rratón iba vestido. *Derr* rratón no erra rreal, sino imaginarrío, *und der Professor* me bautizó igual que *der* rratón de Disney.

—¿Cómo iba vestido, Mitkey?

—Llevaba unos bantalones rrojos *mitt* dos ggrandes botones amarillos delante

und dos detrás, *und* zapatos amarillos en los pies traseros *und* un par de guantes amarillos en los delanteros. Un agujero en la parte posterior de *der* pantalón barra la cola.

—De acuerdo, Mitkey. Dentro de cinco minutos estará todo listo.

Esto tuvo lugar la víspera de la marcha de Mitkey. Primeramente, Bemj sugirió esperar el momento en que la órbita excéntrica de Prxl los llevara de nuevo a doscientos mil kilómetros de la Tierra. Sin embargo, tal como Klarloth hizo notar, esto sucedería al cabo de cincuenta y cinco años de la Tierra, y Mitkey no viviría tanto. A menos que ellos... y Bemj se mostró de acuerdo en no enviar a la Tierra un secreto como aquél.

De modo que se limitaron a abastecer el cohete de Mitkey con un combustible que le permitiría viajar los casi dos millones de kilómetros que le separaban de la Tierra. El posible descubrimiento de este secreto no les preocupó, ya que el combustible se habría agotado cuando el cohete aterrizase.

Llegó el día de la partida.

—Hemos hecho lo posible, Mitkey, barra que tu cohete aterrice cerca del sitio de la Tierra donde despegaste. Sin embargo, no podemos garantizarte una exactitud, tan grande en un viaje de tantos kilómetros. El resto es cosa tuya. Hemos equipado el cohete barra cualquier contingencia.

—Gracias, *Herr* Klarloth, *Herr* Bemj. Adiós.

—Adiós, Mitkey. Sentimos mucho verte partir.

—Adiós, adiós...

Tratándose de casi dos millones de kilómetros, los cálculos fueron realmente excelentes. El cohete aterrizó en Long Island Sound, a quince kilómetros de Bridgeport, y a unos noventa kilómetros de la casa que el profesor Oberburger habitaba cerca de Hartford.

Naturalmente, dispusieron que el cohete cayera en el mar. El cohete se sumergió hasta el fondo, pero antes de que se hundiera más de cinco metros,

Mitkey abrió la puerta —especialmente diseñada para abrirla desde dentro— y salió.

Encima de sus prendas normales, llevaba un traje de submarinista que le habría protegido a cualquier profundidad razonable y que, al ser más ligero que el agua, le llevó rápidamente a la superficie, donde pudo abrirse el casco.

Tenía comida suficiente para una semana pero, tal como se desarrollaron las cosas, no la necesitó. El trasbordador nocturno de Boston le llevó a Bridgeport, agarrado a la cadena del ancla y, en cuanto avistó la costa, se desembarazó del traje de submarinista y dejó que se hundiera hasta el fondo tras haber perforado el minúsculo compartimiento que lo hacía flotar, tal como prometió a Klarloth que haría.

Casi instintivamente, Mitkey sabía que lo mejor era evitar el encuentro con otros seres humanos hasta haber encontrado al profesor Oberburger y haberle explicado su historia. El mayor peligro con el que tuvo que enfrentarse lo constituyeron las ratas del muelle donde Mitkey desembarcó. Su tamaño era diez veces superior al de Mitkey y tenían unos dientes que habrían podido reducirle a dos mitades.

Pero la mente siempre ha triunfado sobre la materia. Mitkey alzó un imperioso guante amarillo y dijo: «¡Largaos!», y las ratas se largaron. Jamás habían visto nada parecido a Mitkey, y su aspecto les impresionó.

E igual impresión causó sobre el borracho al que preguntó por el camino de Hartford. Ya hemos mencionado este episodio. Esta fue la única vez que Mitkey intentó una comunicación directa con los seres humanos. Naturalmente, tomó toda clase de precauciones. Formuló la pregunta desde una posición estratégica situada a pocos centímetros de un agujero en el cual habría podido introducirse de un salto. Pero el que saltó fue el borracho, sin esperar siquiera a contestar la pregunta de Mitkey.

Pero, finalmente, llegó a su destino. Se dirigió, a pie, hasta la zona norte de la ciudad y se escondió detrás de una gasolinera hasta que oyó preguntar el camino de Hartford a un motorista que se había detenido a repostar. Y Mitkey se convirtió en polizón cuando el vehículo arrancó.

El resto no fue difícil. Los cálculos de los prxianos demostraron que el punto de partida del cohete se encontraba a ocho kilómetros terrestres al noroeste de lo que en sus telescopomapas parecía ser una ciudad, y que, por las conversaciones del profesor, Mitkey sabía que era Harford.

Consiguió llegar.

—Hola, profesor.

El *Herr Professor* Oberburger alzó la mirada, estupefacto. No vio a nadie.

—¿Qué? —preguntó, asombrado—. ¿Quién es?

—Soy yo, profesor. Mitkey, *der* rratón que usted envió a *der* Luna. Berro no he estado allí. En cambio, he...

—¿Qué? Es imposible. Alguien me está gastando una bromita. Berro..., berro nadie *sabe* nada acerca del cohete. Como fracasó, no se lo dije a nadie. Sólo yo sé...

—Y yo, profesor

El *Herr Professor* suspiró profundamente.

—He trabajado demasiado. Debo estar un poco

- desequilibrado...

—No, profesor. Realmente soy yo, Mitkey. Ahorra puedo hablar. Igual que usted.

—Dices que buedes..., no lo creo. ¿Cómo es que no te veo, entonces? ¿Dónde estás? ¿Borr qué no...?

—Estoy escondido, profesor, en la bared que hay justo detrrás del agujerito grande. Querría asegurarme de que todo iba bien antes de dejarme verr. No querría que usted se egscitara y me tirara algo a la cabeza.

—¿Qué? ¡Berro, Mitkey, eres realmente tú y yo no estoy dormido ni loco...!
¡Berro, Mitkey, no bodías bansamrr que yo iba a hacerr una cosa así!

—Está bien, profesor. -

Mitkey salió del agujero de la pared, y el profesor le miró, se frotó los ojos, y volvió a mirarle, se frotó los ojos, y...

—*Estoy loco* —dijo finalmente—. Lleva bantalones rrojos *und* guantes... No buede serr. *Estoy loco*.

—No, profesor. Escuche, se lo contaré todo.

Y Mitkey se lo contó. -

Un atardecer gris, y un ratoncillo gris que seguía hablando seriamente.

—Berro, Mitkey...

—Sí. profesor. Sé lo que está bensando, biensa que una rraza de rratones inteligentes y una rraza de hombrres inteligentes no buede convivirr. Berro no serra neçesarrio convivirr; como le he dicho, en el bequeño continente de Austrralia hay muy boca gente. *Und* no costarnía demasiado trraerrlos aquí y dejarr ese continente a los rratones. Lo llamarríamos Ratonstrralia, en vez de Austrralia, *und* cambiarríamos el nombbre de la cabital, Sidney, porr Disney, en honorr de....

—Berro, Mitkey...

—Berro, profesor, considerre lo que ofrrecemos a cambio de ese continente. *Todos* los rratones se irrían allí. Civilizamos a unos cuantos y los civilizados nos ayudan a atrabarr a otros, nos los traen, **y** los sometemos a la acción de la máquina de rayos, y otros atraban a más y nos ayudan a construirr más máquinas *und* serrá como una bola de nieve rrodando montaña abajo. *Und* firrmamos un bacto de no agrresión *mitt* los humanos *und* nos quedamos en Ratonstrralia *und* cultivamos nuestrra brrobia comida *und*...

—Berro, Mitkey...

—*Und* mirre lo que le ofrrecemos a cambio, *herr* profesor: egsterrminarremos a su beorr enemigo... *der* rratas. A nosotrros tamboco nos gustan. - *Und* un batallón de mil matones, armados *mitt* máscarras de gas y bequeñas bombas de gas bodrría entrarr en todos los agujerros en berrsecución de *der* rratas y egsterrminarr a todas las rratas de la ciudad en uno o dos días.” Bodrríamos egsterrminamr a todas las rratas del mundo en el blazo de un año; *und* al mismo tiempo atrrabarr y civilizarr a todos los rratones y embarrcarrlos hacia Ratonstrralia, *unci... und...*

—Berro, Mitkey...

—~ Qué, profesor?

—Bodrría darr rresultado, berro no darrá rresultado. Vosotrros bodrríais egsterrminarr *der* rratas, sí. Berro ¿cuánto tiempo transcurnirría antes de -que los, conflictos de interreses hicierran que *der* rratones intentarran egsterrminarr a *der* berrsonas o *der* berrsonas intentarran égsterrminarr *der...*

—~ No se atreverrian, profesor! Bodemos fabrilocarr armas que...

—¿Lo ves, Mitkey?

—Berro no sucederrá. Si *der* hombrres rrespetan nuestros derrechos, nosotrros rrespetarremos...

El *Herr Professor* suspiró.

—Yo..., yo te harré de interrmediarnio, Mitkey, *und* egsbondrré tu brrobosición, *und...* Bueno, es verrdad que librrarse de *der* rratas serrría una gran cosa barra *der* rraza humana. Berro...

—Grracias, profesor.

—Bonn cierrto, Mitkey. Tengo a Minnie. Me imagino que es tu esbosa, aunque también había otrros rratones porr aquí. Está en *der* otrra habitación; la puse allí justo antes de que tú llegarras, barra que estuvierra a oseumras y budierra dormirr. ¿Quierrres -verrrla?

—¿Mi esbosa? —preguntó Mitkey. Había pasado tanto tiempo que realmente se había olvidado de la familia que tuvo que abandonar. Los recuerdos volvieron lentamente—. Bueno —dijo—, hum..., sí. Construiré rápidamente un bequeño broyectomr de X-19 und... Sí, sus negociaciones serrán más fáciles si der gobiernnos ven que somos varrios, y de este modo no crreerrán que soy un monstruo.

No fue algo deliberado. No pudo serlo, porque el profesor no sabía nada sobre la advertencia de Klarloth acerca de posibles descuidos con la electricidad... «Der nuevo arreglo molecularr de tu centrro cerebrral... es inestable, und. . . »

El profesor aún estaba en la habitación iluminada cuando Mitkey irrumpió en la estancia donde Minnie se hallaba en su jaula sin barrotes. Estaba dormida, y al verla... Los recuerdos de otros días volvieron en tropel y, de pronto, Mitkey se dio cuenta de lo solo que había estado.

—¡Minnie! —exclamó, olvidándose de que ella no podía comprenderle.

Y entró en la caja de madera donde dormía. Se produjo una descarga. La suave corriente eléctrica existente entre las dos tiras de papel de estaño le alcanzó de lleno.

Hubo un rato de silencio.

Después:

—Mitkey —llamó *Herr Proff esso.r*—, ven y hablarremos de todo esto...

Entró en la habitación y los vio, a la grisácea luz del amanecer, dos ratoncillos grises fuertemente abrazados. No habría podido decir cuál era cuál, porque los dientes de Mitkey habían rasgado las prendas rojas y amarillas que súbitamente se convirtieron en objetos extraños y molestos.

—¿Qué demonios...? —preguntó el profesor Oberburguer. Entonces se acordó de la corriente, y adivinó lo sucedido—. ¡Mitkey! ¿Es que ya no buedes hablarr? ¿Acaso der...? -

Silencio.

Después, el profesor sonrió.

—Mitkey —dijo—, mi bequeño rratón estelarr. Crreo que áhorra erres más feliz..

Los contempló un momento, afectuosamente, y después accionó el interruptor que eliminaba la barrera eléctrica. Claro que ellos no sabían que eran libres, pero cuando el profesor los cogió y los depositó cuidadosamente en el suelo, uno de ellos echó a correr hacia el agujero de la pared. El otro le siguió, pero volvió la cabeza y miró hacia atrás, con algo de estupefacción en los ojillos negros, una estupefacción que se fue desvaneciendo.

—Adiós, Mitkey. Así serrás más feliz. *Und* siembrre tendrrás queso en abundancias

El ratoncillo gris lanzó uno de sus característicos chillidos, y se introdujo en el agujero.

<<Adiós»... podría, o no, haber querido decir.